

MENDÉ



OTILIA NO VELA POLÍTICA



© Alejandra Mendé, 2026

Todos los derechos reservados.

Otilia no vela política nació como primera parte de *Vera Mística* (ISBN 978-987-28800-7-1), publicada en 2014. Editorial La Porteña.

Aquella edición la contenía; esta la separa. No para dejarla atrás, sino para darle el cuerpo entero que siempre tuvo. *Vera Mística* queda con su ISBN y con su historia. *Otilia* empieza la suya.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.



OBRA DE TAPA



Autor: Eduardo Torassa



Título: La princesa de Belorus (detalle)

Tamaño: 50 cm x 70 cm

Técnica: Óleo sobre tela-

OTILIA NO VELA POLÍTICA

Por Ale Mendé

PRÓLOGO

Estimado lector: Después de muchos años de haberla escrito, quiero hacerte saber que hay novelas que se leen y novelas que se habitan. *Otilia no vela política* pertenece a las segundas. No porque sea difícil —aunque lo es—, sino porque pide algo que la lectura común no pide: pide que el lector acepte que está entrando en un lugar donde las reglas de la ficción y las reglas de la vida no están separadas. Otilia Brun escribe una novela. Y mientras la escribe, vive. Y lo que escribe, lo vive. Y lo que vive, lo escribe. No hay afuera. No hay adentro. Hay un solo movimiento: el de una mujer frente a una pantalla, a las cuatro y media de la mañana, fumando una pipa que huele a dialecto masculino, buscando una trama que se le escapa porque los personajes deciden sobre ella.

El epígrafe lo dice todo: *Coito, ergo sum*. Existo porque hay otro. Existo porque hay cuerpo. Existo porque el espejo se cayó y en su lugar apareció alguien. La novela entera es el relato de esa caída. Antes de la caída, Otilia escribe frente al espejo: literatura pura, enigma, representación. Después de la caída, Otilia escribe desde el cuerpo: deseo, hambre, sed, insomnio, cama que convida. El pasaje de una a otra no es un pasaje argumental: es un pasaje de naturaleza. La literatura se vuelve amor. Y el amor, ya se sabe, no es literatura. Es otra cosa. La novela no lo dice: lo muestra. Y el lector que se deja llevar por las Notas —esas quince estaciones de bicicleta, de lluvia, de pizzería, de perros enterrados, de saxofones en andenes— entiende que el afuera de la novela es también su adentro. Que Del Viso es Praga. Que Wislawa es una galería con vidrios. Que Polonia es una calle de tierra. Que la ficción se tiñe de realidad y la realidad se tiñe de ficción, y que en ese teñirse está la única verdad que la novela quiere decir.

Tengo que decir algo más, y es lo más importante. *Otilia no vela política* no es un título sobre la política. Es un título sobre el velar. Y velar, en español, tiene dos filos. Velar es cuidar, vigilar, custodiar. Velar es también hacer la guardia junto al cuerpo de un muerto. Otilia no hace ninguna de las dos cosas. No cuida la política como se cuida un tesoro: la deja arder, la deja germinar, la deja subvertir. No vela a los muertos

como se vela un cadáver: los siembra. Los entierra en el cementerio inventado de los libros-lápida y después los devora para quedarse con sus virtudes. Es antropófaga: se come a sus muertos para que sigan viviendo en ella. Y eso, que parece una crueldad, es un acto de cultura. Porque la cultura no es lo que se conserva en un museo. Es lo que se cultiva bajo tierra. Es lo que germina en la oscuridad. Es lo que no permite lo yermo.

El hombre del grupo de tareas pone la palabra bajo custodia, bajo bandera, bajo la ducha, bajo tierra. Y Dina Morgan responde: *siempre algo puede germinar bajo tierra*. No dice: los desaparecidos germinan. Dice algo más grande y más político: lo que se cultiva no se pierde. La palabra nunca está de huelga. La biblioteca popular sigue prestando libros. La mujer del futuro se sentará en el mismo lugar y leerá estas mismas letras. El renacimiento se grita en el Sheraton y en San Miguel aunque nadie escuche. Y una hoja escrita en diciembre de este fin de milenio queda en el centro de una edición olvidada para que otra la encuentre.

Eso es lo que hace esta novela. No vela. Siembra. No cuida. Germina. No cierra. Abre.

Y se, estimado lector, que al entrar en ella con paciencia —con la paciencia de los frutos que maceran, de los cafés que se asientan, de los textos que necesitan veintiocho años para estar listos— vas a encontrar, al final, no una resolución, sino una quietud. La quietud que Dina y Francis ven desplazarse por los bordes del mundo desde la galería de Wislawa. La quietud de saber que algo pasó, que algo se escribió, que algo va a germinar. Y que la literatura, cuando es de verdad, rechaza los velorios para sembrar en la vida.

“Coito, ergo sum”
dijo un poeta sufí.

Europa en la barbarie medieval
experimenta la fuerza del amor
como método de conocimiento.

Los árboles de Del Viso
son testigos mudos.
Sus calles, sus esquinas,
la revuelta, el amor
confiscando la ciudad
de los pájaros.
El saber laberíntico
Bey o Dina sobre la hierba
fresca para observar el vuelo
de las aves, la pluma que sopla
es brisa de palabras.
Iluminaciones de un otoño
que durará milenios,
en la insistencia, en el azar
de encuentros amorosos.

Un instante en el andén
de la ciudad de los pájaros.
De vuelta a casa y
el impulso de ser ese nombre,
mal balbuceado.
La fresca de la tarde y en calor;
el paso rápido por la avenida

Lisandro de la Torre
al ritmo de una marcha: "Otilia Brun,
Otilia Brun, Otilia Brun..."
Una revelación, un como si
el cuerpo tuviera un dinamo
interno. Ajeno. Real.
Certeza: una mujer del año mil,
del otro hemisferio, fecha
a Otilia Brun en este lugar.
Se posa a finales de 1997
sobre las teclas de una computadora
y usa otras manos,
mira en la pantalla el reflejo.
Comprende este mundo
en este cuerpo.
Mirar la página en blanco,
escribir en otoño, ingresar al escrito
un día de niebla o de brumas espesas.
Otilia: el cuello flaco y extendido,
el pecho lánguido, las manos nudosas,
la risa rápida y la lengua incisiva.
Parca, tímida y de susto fácil.
Y una pipa que fuma solamente
cuando escribe para emular
el eterno dialecto masculino.
Al costado de la máquina,
el mate, un cenicero
y la bolsa de tabaco;
rituales de un uso fuera
del tiempo que la
inclinan sobre el teclado
en gesto reverente hacia la letra.
Enciende la pipa. Los humos.

El humo o alma de los personajes.
Sopla. Acentúa un nombre, abre
diálogos interiores con el Golem...
Los dedos blandos, dóciles sobre el teclado:
“Un pájaro se posa sobre la ventana de Francis Bey.
—¡Qué fastidio! —exclama Dina Morgan camino a su casa.
Francis mira el pájaro que se aleja
y se estrella en el radiador del auto de Dina.”

Ni Francis Bey, ni Dina Morgan
sabrán de este episodio.
Otilia Brun sonríe con ironía
y retribuye los dones otorgados.
El juego abierto.
Ella, ahora, atenta.
Desea un lector arrancado
de su realidad a la del hueco.
Trabaja en el borde. Abruma
con suspenso, escucha
el balbuceo de los personajes,
se funde en ellos, se aleja, escribe:

Francis Bey no sabe que Dina Morgan es capaz
de abrir el más peligroso y amante de los universos.
La eternidad es azarosa y errática, Bey —le dijo.
Él no...
(Francis busca el fastidio de Otilia,
pero no la encuentra.
Otilia está en la piel de Dina Morgan
buscando al lector, o buscando la trama.)
Dina, a unos metros de distancia
y la mirada en el gesto.
Otilia escapa de la espuma histérica
busca a Bey que está sin palabras,

irascible, mudo. ¡Qué más hay que
exigirle a un personaje!
Francis Bey intenta. Dina Morgan
se va y cierra la puerta.
La letra queda a solas con Francis Bey,
que está en silencio para buscar
en el vacío azaroso y errático,
el recorrido de los dedos
de la Morgan sobre su cuerpo.
Ella abandona el teclado.
Tira el agua sobre la yerba floja.
¿Cuál será el sitio en donde rehacer a la Morgan?
Y aún, le gustaría dejarla tirada en un...
No. ¿Por qué tan pronto?
Me gustaría revolver a la Morgan
en el viejo arrabal —dice Francis Bey—,
sin permiso de... Otilia.
La escritura la tiene enajenada.
Deambula por la casa, por el barrio,
por el parque, imaginando a Bey que la ahoga.
Un personaje hecho solo de imágenes,
ahoga toda narración.
Bey deambula por la casa esperando que Dina Morgan
aparezca por la misma puerta que cerró esa tarde en la que...
Otilia lo abandonó.
Otilia congela al personaje, vacío de palabras.

Dina Morgan llega a tiempo,
las dos (Morgan y Otilia) llegan a tiempo.
Bey está a punto de tirarse por la ventana.
«¡El muy imbécil!» —piensa Otilia.
Pipa en mano sopla el humo y dibuja
el fantasma de una Morgan que grita: